

La llama del talento y de la cólera brilló en los ojos de Merey.

—¡Oh! sí, dijo, acepto; ¡desdichados de los reyes que juran y faltan á sus juramentos! ¡Desgraciados de los príncipes que vuelven acompañando al extranjero contra su madre patria! ¡Desdichados los nobles á cuyos hijos dedicamos nuestra ciencia, nuestra vida, nuestro amor, que sacamos del limbo para formar criaturas dignas de arrodillarse ante Dios con una azucena en la mano, símbolo de pureza, y que por recompensa nos llaman *un cualquiera!* ¡Desgraciados de ellos! Hasta la vista, Hardonin. Gracias, ciudadanos electores; oireis hablar de mí; os lo prometo, os lo juro.

Y con un movimiento de supremo orgullo, tomando al cielo por testigo del juramento que acababa de pronunciar, entró en su casa, y allí, lejos de todos, sin testigos de su debilidad, cayó sobre la alfombra sollozando, mesándose los cabellos y exclamando:

—¡Solo, solo, solo!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

I.

Una ejecucion en la plaza del Carrousel.

El sábado 26 de Agosto de 1792 llegaba á la calle de Bouloí, en Paris, la diligencia de Burdeos, la que contaba en el número de los pasajeros á Jacobo Merey, diputado de la Convencion.

La tristeza más profunda se cernia sobre Paris.

Longwy habia sido tomado á traicion, y cuando ya no hubo duda de esto, decretó la Asamblea nacional que todo ciudadano que en una plaza sitiada hablase de rendirse, consultados los testigos que hubieran oido la infame propuesta y hecha la informacion, sin más diligencias judiciales, fuese condenado á muerte.

El 24 de Agosto tomaron posesion de Longwy, en nombre del rey de Francia, los soberanos aliados.

El municipio de Paris, completamente dominado por la idea republicana, habia exigido de la Asamblea se formase un tribunal extraordinario, lo que fué aprobado, á pesar de la resistencia de Chondieu, quien habia dicho: «*Se desea organizar una inquisicion y yo resistiré hasta la muerte,*» y sin tomar en cuenta las siguientes palabras de Thuriot: «*La responsabilidad de la revolucion no es solo para Francia, sino para la humanidad entera.*»

Preciso es confesar que, durante los dias que habian trascurrido, el estado del país no habia mejorado. El velo fúnebre que le cubria cada dia era más espeso.

Los prusianos habian salido de Coblenza el 30 de Julio y con ellos

un ejército de caballería de los emigrados, pues eran demasiado orgullosos para servir en la infantería: querían salvar al rey, pero á caballo: esta caballería contaba noventa escuadrones.

El 18 de Agosto se reunieron con el austriaco, y los dos ejércitos, contando ya cien mil hombres, sitiaron y tomaron á Longwy.

Desde allí el enemigo se dirigió á Verdun.

Entre tanto Lafayette, republicano en América, constitucional en Francia, que desde el 83, época de la independencia americana, no había dado un paso hasta el 10 de Agosto, día en que la monarquía francesa fué derrocada, y que en 1830 debíamos encontrar tal y como en 1792, Lafayette había ordenado á su ejército que marchara sobre Paris para hacer infructuoso el 10 de Agosto.

Pero el ejército no se movió, y fué Lafayette quien tuvo que huir como despues huyó Dumuriez, del cual hubiera sido el compañero en la historia si los austriacos, al hacerle prisionero, no hubieran dado motivo para que Beranger dijera:

De los hierros de Olmut borramos las señales.

Dumuriez le reemplazó en el ejército del Este y al mismo tiempo Kellermann reemplazaba en el Norte á Lukner.

Por entonces se recibió la noticia de la sublevacion de la Vendée: al Este la guerra noble, la guerra con el extranjero; al Oeste la guerra tenebrosa, la guerra civil.

Una saliendo al encuentro de la otra, y Paris entre las dos.

Esto sin contar dos poderosos enemigos.

El sacerdote y la mujer.

El sacerdote, inviolable en la sombría fortaleza de encina, llamada confesonario: la mujer aleccionada por él, y que encuentra bajo de su almohada los suspiros y las lágrimas.

—¿Qué tienes? pregunta el marido.

—Nuestro pobre rey está en el Temple; quieren obligar á nuestro pobre confesor á que jure; la Santísima Virgen se cubre el rostro y el niño Jesús llora.

Y el lecho conyugal era el aliado del confesonario.

Felizmente la retaguardia del Norte adelantaba, y un cuerpo de treinta mil rusos estaba en camino.

El municipio de Paris, más en contacto con el pueblo que la Asamblea, adivinaba la conspiracion reaccionaria, que se extendia desde el palacio á las bohardillas, desde las encrucijadas á las cárceles, y bramaba de cólera.

La Asamblea se creia impotente para rechazar al enemigo exterior y al interior, y tenia miedo.

En lugar de dar un gran golpe, como pensaba el municipio, decretó una demostracion.

—¿Qué piden los republicanos? decian los constitucionales llorosos y abatidos; los suizos han muerto, las Tullerías están arruinadas, el trono derribado, el rey preso en el Temple y los realistas encarcelados. Mañana se celebra la fiesta expiatoria del 10 de Agosto, y esta tarde enfrente de las Tullerías ejecutan al infeliz Laporte, el fiel servidor del rey, el que anunció á la Asamblea en nombre de su augustó amo que había jurado la Constitucion á la fuerza, y que preferia salir de Francia á cumplir su juramento.

Verdad es; los cien suizos habían muerto, pero la mayoría de los realistas tomaba las armas y se disponia á la lucha; el rey había perdido el trono, el palacio y la libertad; pero al perder el sólio, Tullerías y libertad, conservaba la Europa.

Rompia con la Francia, pero tenia como amigos á los sacerdotes y como aliados á todos los soberanos.

Se celebraba la apoteosis de las víctimas del 10 de Agosto, pero aquel dia se supo la traicion de Longwy y los realistas habían acudido al Temple para entenderse por señas con el rey.

Ejecutaban á Laporte, pero al castigar al inocente criado dejaban al amo que conspirase á mansalva.

«La historia, dice Michelet, no ha consignado en sus anales que ningun pueblo haya llegado tan allá.»

Quando Holanda vió á Luis XIV en su territorio, no tuvo otro recurso que apelar á las inundaciones; pero tenia en su favor á la Europa, y el peligro no era tan grave.

Quando Atenas vió sobre la roca de Salamina el trono de Xerges abandonó la tierra, se lanzó en la mar y no tuvo más patria que las olas; pero el peligro era menor, porque se convirtió en una es-

cuadra poderosa organizada por el ilustre Temístocles y sin contar traidores en su seno.

La Francia se encontraba desorganizada, casi disuelta, vendida y entregada.

En aquellos momentos, el día 26 de Agosto, fué cuando Jacobo Merrey llegó á Paris y se hizo conducir á la fonda de Nantes, cuyos cinco pisos se elevaban en la plaza del Carrousel.

Lo primero que hizo fué corregir el desórden de su traje, que un día y dos noches de diligencia habian puesto en muy mal estado.

Visitar á sus amigos Danton y Camilo Desmoulins era su primer pensamiento.

Cuando Danton era abogado del Consejo habia obtenido la pensión vitalicia para Bautista, la que tanta admiración causó en Argenton.

Jacobo Merrey habia concluido de vestirse; maquinalmente se acercó á la ventana y vió que una carreta pintada de encarnado, y que llevaba dentro una máquina del mismo color, se detenia á poca distancia de la fonda.

Dos hombres con gorros frigos y escarapelas estaban sentados delante de la carreta.

Detrás se detuvo un cabriolé, del que bajó un hombre vestido de negro. Su traje no habia cambiado á pesar de la revolución; medias de seda, corbata blanca y el cabello empolvado; podría tener de sesenta á sesenta y cinco años.

Era el señor de Paris, por otro nombre, el verdugo.

Los dos hombres con escarapelas y gorros frigos eran sus ayudantes.

El cabriolé se alejó y el señor de Paris permaneció allí para hacer colocar la guillotina.

Jacobo Merrey continuaba inmóvil. Habia oido hablar mucho de la invención nueva del Sr. Guillotin, y aun habia sostenido una discusión con Cabanis sobre el dolor más ó ménos grande que puede causar la sección de las vértebras y la persistencia de la vida en un decapitado.

Su opinion no estaba de acuerdo con la de Guillotin, quien aseguraba que su máquina no causaba otra impresión que sentir la víctima como frío en el cuello.

Afirmaba además que, siendo la muerte de la guillotina tan suave, temia se aumentase el número de suicidios, y que no sabrian cómo librarse de los ancianos que, cansados de la vida, desearan perderla por medio de la nueva invención.

Jacobo Merrey no podia bajar para examinar más de cerca el terrible instrumento, que tomaba á sus ojos proporciones gigantescas, pero le era fácil hacer la oferta al verdugo de que subiese á su casa, y por medio de aquel entendido profesor obtener todas las noticias necesarias sobre la invención y perfeccionamiento de la obra filantrópica, la cual hacia iguales ante la muerte á todos los franceses.

Empezaba á caer una lluvia menuda, lo que le servia para su pensamiento.

—Caballero, le dijo al señor de Paris, no hay necesidad de que permanezcáis en la calle, expuesto á mojaros, para que veáis colocar esa máquina; subid, y desde aquí lo vereis perfectamente. Además, como me consta que sois instruido y algo versado en medicina, hablaremos seriamente de ese asunto, pues yo soy médico.

El verdugo comprendió que Jacobo era un hombre formal y distinguido, por lo cual dió sus órdenes á los ayudantes y subió, encontrando á Jacobo en el dintel de su puerta.

El verdugo entró.

El ejecutor de la justicia era un hombre bien educado; así es que le recibió como debia.

Después de cumplir con las reglas de educación, le dijo el doctor:

—He conocido en otra ocasión un inteligente práctico que se habia ocupado mucho del mismo objeto que ha llevado á efecto el Sr. Guillotin.

—¡Ah! efectivamente, contestó Sanson; os referís al Sr. Luis, ¿no es cierto? el médico.

—Ciertamente; he estudiado á su lado y he sido su discípulo.

—Pues bien; puedo daros todas las noticias que gustéis, tanto

del doctor Luis, cuanto de sus experimentos. Un día nos citó á las cuatro de la madrugada en el patio de Bicetre; una máquina parecida á esa estaba colocada en el centro, y tres cadáveres aguardaban la prueba. Era la primera vez que veía yo que usaba la hacheta, porque ya sabéis que son mis ayudantes los que hacen todo: yo únicamente suelto la argolla del clavo y la dejo caer en el sitio á propósito, como vereis si asistís á la ejecución del infeliz Laporte.

—Sí, desde luego lo veré, contestó Merrey, no porque mis instintos sean sanguinarios, sino por los estudios y por la ciencia; pero volvamos á la máquina del doctor Luis, que, según creo recordar, se llamó la Luisilla. Me parece que la prueba que hizo no salió bien.

—Os diré: las dos ejecuciones primeras dieron buen resultado; la cabeza se desprendió de los cadáveres como la de un hombre vivo, pero la tercera fracasó.

—¿Se descompuso la máquina, ó fué porque no estaba construida á propósito?

—Esto último; pero no era precisamente la máquina la que no servía, sino el hacha, que caía de plano y no tenía, como la de Guillotin, un gran plomo encima.

—¡Ah! Comprendo, dijo Jacobo: el doctor Guillotin inventó el corte, y como Amerigo Vesputio destronó á Cristóbal Colón, él destronó al doctor Luis.

—No, no, caballero: no ha sido así; el rey—dispensad, es una costumbre antigua—el ciudadano Capeto, que es muy aficionado á la mecánica, no quiso ver el instrumento inventado por el doctor Luis, pero sí deseó se lo explicaran, y con ese objeto sacaron un dibujo que examinó con el mayor cuidado, y tomando una pluma: «Aquí está el defecto,» y trazó en el hierro esta línea, que de cuadrado le hace triangular. El doctor Guillotin fué en busca del doctor Luis y le enseñó la corrección que había hecho el rey—dispensad; el ciudadano Capeto.—Pero como el doctor estaba disgustado con que su invención llevara el nombre de *Luisilla*, autorizó á Guillotin para que hiciera las reformas que quisiera y hasta cambiarla el nombre si le parecía. Por esto ha tomado el nombre del

reformador de la máquina, la que rebaja nuestra profesión hasta lo más ínfimo, porque ahora para cortar la cabeza no se trata más que de sacar la traba del clavo, y no se necesita, como antes cuando se degollaba, tener fuerza ni destreza.

—¿Y vos echais de ménos aquellos tiempos? preguntó Jacobo Merrey.

—Sí señor; con la espada en la mano éramos justicieros; con el cordel solo somos verdugos. Vos sois joven y os fijais en el porvenir; yo soy viejo y siento lo pasado: mi hijo, que tiene cuarenta y dos años y es mi primer ayudante, se acostumbró al momento; mi nieto tiene doce, y estoy seguro que no pensará si hubo ó no otro método.

—Pero dispensadme: me parece que mirais con tristeza los preparativos de esta ejecución.

—Sí señor, es cierto; os ruego me dispenseis si no os llamo ciudadano ni os tuteo; pero como vereis y os acabo de decir, soy viejo y no puedo perder las costumbres antiguas. Sí señor, me aflige profundamente esta ejecución, os lo confieso, porque me parece que sois filósofo. Toda mi familia ha servido al rey, y ahora siento á mi edad cambiar de amo y servir al pueblo.

—¿Pero entonces por qué asistís pudiendo encargarse á vuestro hijo?

—Porque si bien Laporte no es gran señor ni noble, es un hombre que vale y que ha servido fielmente á su rey, pareciéndome que faltaría á mi deber si no asistía á sus últimos momentos. Tal vez tenga que confiarme algún secreto ó darme un encargo supremo, y no quiero faltar en el patíbulo, aunque me siento tan débil y desanimado, que tal vez baje de él medio muerto. Hace cuarenta y cuatro años que bailábamos gozosamente la noche de mis bodas, cuando varios señores, que volvían sin duda de alguna expedición alegre, viendo iluminado el primer piso, en donde yo vivía, como para una fiesta, subieron y preguntaron por el dueño de la casa. Me acerqué y me incliné respetuosamente, aguardando la explicación de su visita.

—Caballero, me dijo uno de ellos, somos, como estais viendo, se-

ñores de la corte y nos parece demasiado temprano para volver á casa: creemos que aquí se festeja ó un bautizo, ó una boda, y os ofrecemos que, por nosotros, nada desagradable sobrevendrá ni al niño ni á la novia.

—Caballero, le contesté, sería para nosotros un honor muy grande, pero dudo que permanezcáis en mi boda cuando sepáis quién soy.

—¿Quién sois? preguntaron.

—Soy el señor de Paris.

—¿Cómo, exclamó uno que no habia hablado aun, sois vos quien decapita, ahorca, arrastra y mutila brazos y piernas?

—Es decir, que todo eso lo hacen mis ayudantes cuando se trata de gente vulgar y plebeya; pero cuando el paciente es un gran señor como vos, entonces tengo á mucho honor llenar esa mision.

Veinte años despues nos hemos encontrado sobre el cadalso aquel jóven y yo, y le cumplí mi palabra; le ejecuté yo mismo: era el baron de Lallytollénda.

Jacobo Merey hizo un movimiento: admiraba aquella conciencia tanto más, cuanto que Sanson estaba muy pálido y parecia próximo á desmayarse al ver las primeras bayonetas que entraban por el Carrousel.

Jacobo le ofreció una copa de vino.

—La tomaré si me haceis el honor de brindar conmigo.

—Desde luego, contestó el doctor; pero es con la condicion que contestareis á mi brindis, sea el que quiera.

—Muy bien; tanto más, cuanto que os debo esto por el honor que me haceis.

Jacobo Merey llamó y pidió dos copas y una botella de vino de Madera.

Las llenó, y presentando una al verdugo y chocándola con la suya, dijo:

—Brindo por la abolicion de la pena de muerte.

—¡Oh, caballero, con toda mi alma! contestó Sanson; porque entonces Dios me evitaria los dias terribles que preveo.

Y de nuevo tocaron una copa con la otra.

—Y ahora, caballero, sin que os parezca indiscreto, ¿podré saber el nombre del que no se ha desdeñado de chocar su copa con la mia?

—Me llamo Jacobo Merey y soy diputado de la Convencion.

—¡Ah, caballero! dejadme besaros la mano, porque despues de vuestros brindis no podeis votar la muerte del rey.

—No; porque creo que nadie tiene derecho de quitar lo que no ha dado y lo que no puede devolver, la vida; pero lo que haya más cruel, y que no sea la pena de muerte, lo pediré para él; porque el baron de Lally, de quien hace un momento hablábais, estaba sin mancha, como la nieve, al lado del que ha querido entregar al extranjero la Francia.

Id á desempeñar vuestro terrible oficio, y no olvidéis cuando paseis por este sitio que vive aquí un filósofo, en la fonda de Nantes, que os está agradecido, porque os compadeceis de las víctimas que vos ejecutais; porque llamais rey á Luis XVI y no Capeto, y caballero en lugar de ciudadano, y que estrechará vuestra mano cada vez que le tendais la vuestra.

Sanson se inclinó con la dignidad propia del hombre á quien se ha enaltecido, y salió.

Las tropas que debian asistir á la ejecucion empezaban á invadir la plaza del Carrousel, formando un cuadro alrededor del cadalso, separando á todos los espectadores y dejando un espacio vacío entre ellos y el terrible patíbulo.

Grande era la curiosidad, porque solo cuatro ó cinco veces se habia visto funcionar la nueva máquina, y además Sanson *asistia* al paciente por primera vez.

Cuando se formó el cuadro, ya estaba sobre la plataforma, despues de haber visto si los escalones estaban seguros y si las tablas se habian colocado bien.

Vió si la báscula funcionaba sin obstáculo y si la hacheta se deslizaba bien, lo mismo que el maquinista del teatro vigila con el telon caido si las decoraciones bajan y suben, si corren y descorren con facilidad.

A las nueve debia tener lugar la ejecucion, y se hacia alumbrada con antorchas para que causara más efecto.

A las nueve ménos cuarto se empezaron á oír los redobles de tambor, con ese ruido sordo y fúnebre que es propio de los entierros.

Un momento despues aparecieron por la entrada del Carrousel, que cae frente al Sena, las primeras antorchas.

El condenado al suplicio estaba en la Conserjería, y debia de ser ejecutado, como aumento de castigo, enfrente de aquel palacio, en donde habia vivido por espacio de algunos años con el dueño, por quien perdía la vida.

La carreta que le conducía iba rodeada por escuadrones de caballería, y delante caminaban con antorchas en la mano unos ochenta *descamisados*.

El cuadro de soldados abrió paso á la carreta y al conductor, sentado en el pescante.

El reo estaba solo; habia rehusado aceptar los consuelos de un sacerdote juramentado, y los que no lo eran no habian querido arriesgar su cabeza acompañándolo á la guillotina.

Llevaba calzon corto, medias de seda negra y en mangas de camisa, de la que estaba cortado el cuello y sus cabellos tambien.

Miró al cadalso con tristeza pero sin miedo, y preguntó en voz alta:

—¿Es tiempo ya de bajar?

—Esperad que os ayude; exclamó uno de los criados.

—Es inútil, contestó Laporte; y con tal que me pongan un banquillo, bajaré solo.

Despues, mirando á las dobles filas de infantería y caballería que rodeaban el cadalso, añadió sonriendo:

—¿Teneis miedo que me escape?

Quitada la tabla que cerraba la carreta por detrás, y puesto un banquillo, bajó Laporte solo y sin apoyarse en nadie; al llegar á la escalera en donde le esperaba Sanson, encontró al alguacil, quien le leyó la sentencia de muerte por traidor al pueblo.

—¿No podeis añadir y por fiel á su rey? preguntó.

—Lo que consta por escrito, consta; contestó el alguacil. ¿No teneis nada que revelar?

—No; sino que espero que la mayoría de los franceses sean culpables del mismo crimen que yo, y que se conducirían lo mismo si estuvieran en mi lugar.

El alguacil se retiró, dejando libre la escalera de la guillotina.

Sanson le ofreció el brazo para subir, pero Laporte, deseando hacer ver que no le asustaba la muerte, rehusó.

Subió lentamente, y el ejecutor más lentamente aun, y hablando en voz baja, cual si el sentenciado le encargara cumplierse su última voluntad.

Todavía en la plataforma cambiaron algunas palabras, y despues dijo Sanson:

—¿Estais dispuesto?

—¿Puedo rezar mis oraciones? preguntó Laporte.

Sanson hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

El paciente se arrodilló, indicando que las ligaduras de las manos le impedian rezar.

Sanson las desató, pero con la condicion de que, una vez su plegaria concluida, las sujetaría de nuevo á la espalda.

Laporte juntó las manos, y pronunció en alta voz su plegaria en medio del más solemne silencio.

—¡Dios mio, perdonadme mis pecados y mirad como una expiacion de ellos la dolorosa muerte que me espera por haber sido fiel á mi rey, el que deseo sepa que en la hora de mi muerte mi alma era de Dios, pero mi corazon suyo!

Despues añadió en latin:

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

—*Amen*; contestó en voz alta el ejecutor.

Prolongados murmullos acogieron las palabras de Laporte, pero la multitud se conmovió y se calló ante la resignacion del sentenciado, quien, volviéndose hácia Tullerías, hizo la señal de la cruz y entregó sus manos sin resistencia para que las ataran.

El resto fué rápido como el relámpago.

El reo fué impulsado sobre la báscula, su cabeza pasó por la lumbrera y el hacha cayó.

—¡La cabeza, la cabeza! gritó la multitud.